

El

Palacio de la verdad

---



# EL PALACIO DE LA VERDAD.

---

Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# EL PALACIO DE LA VERDAD.

**DOLORA DRAMÁTICA**

EN TRES ACTOS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Representada por primera vez en el Teatro Español el 13 de Abril  
de 1871.

---

MADRID.—1871.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO LOPEZ VIZCAINO,  
Calle de los Caños, número 4.

## PERSONAJES.

---

ESTRELLA. . . . . Doña SALVADORA CAIRON.  
TERESA. . . . . SRta. MARTINEZ.  
TIRSO DE LUNA. . . D. JOSÉ VALERO.  
GONZALO DE LUNA. D. JUAN CASAÑER.

---

Epoca de la accion: siglo XVII.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon corto. Entre los adornos habrá una panoplia y un pequeño retrato de mujer.—Dos puertas laterales, y una en el fondo hacia la parte izquierda del espectador, que dará á una galería con vista á un jardin. En el fondo, hacia la derecha, una mesa. El sillón de la mesa, incrustado en la pared, tendrá unos adornos salientes y se abrirá como un armario para bajar el asiento.

### ESCENA PRIMERA.

Aparece TIRSO cerrando el asiento-armario que habrá detrás de la mesa.

TIRSO.      Esta caja de Pandora  
vuelvo otra vez á cerrar.  
Es terrible sospechar  
de una mujer que se adora.  
Pondré á cubierto mi cuello,  
pues vienen de mano armada.  
Vamos á afilar la espada,  
que el clarín toca á degüello.  
Los tres se prestan ayuda  
para saber por qué el hado  
me tiene aquí revolcado  
en el lecho de la duda.  
¡Ay! En vano su destreza  
en buscar se martiriza  
esta cosa que eterniza  
en mi frente la tristeza!  
Me asedian: ¡ánimo, pues!

Se acercan. Ya están aquí.  
Los tres vienen contra mí,  
y yo voy contra los tres.

## ESCENA II.

TIRSO.—ESTRELLA, TERESA, GONZALO.

GONZ. (*A Teresa*) Observa si al pasear  
se fija en algun objeto.

TERES. Bien, bien.

TIRSO. (*Ap.*) Buscan mi secreto  
y no lo podrán hallar.

TERES. (*A Tirso*) ¿Quieres los alrededores  
mostrarme de esta mansion?

TIRSO. Sí; verás que este rincon  
es todo un nido de flores.

TERES. Pero has de estar muy jovial.

TIRSO. ¡Alma de color de rosa!  
tú crees que es, el ser dichosa.  
la cosa más natural.

TERES. Claro.

ESTR. Pues claro que sí.

TIRSO. Pues tú lo quieres, me alegro.  
Yo todo lo veo negro  
cuando estoy lejos de tí.

TERES. Gracias.

TIRSO. ¿Qué podré negar,  
aunque negarlo quisiera,  
á mi esposa y á mi nuera  
las gracias de nuestro hogar?

GONZ. (*A Teresa.*) Siga la conjuracion  
y hazle caer en el lazo.

TERES. (*A Gonzalo*) Bien.

TIRSO. (*A Teresa*) Te llevaré del brazo  
con pompa de adoracion.

TERES. Que has de estar muy expansivo.

TIRSO. Bueno.

TERES. Pues vamos andando.

TIRSO. (*Ap.*) La mujer es buena, cuando  
no es un animal nocivo.

(*Vánse Tirso y Teresa por la puerta del fondo.*)



ESCENA III.

GONZALO, ESTRELLA.

ESTR. A toda expansion rehacio,  
le falta á tu padre poco  
para parecer un loco  
escapado de un palacio.

GONZ. ¿Qué tendrá?

ESTR. No sé lo que es.

GONZ. Lo que es que, evidentemente,  
tiene una idea en la frente  
clavada hace más de un mes.

ESTR. Mártir de esa vena loca  
que aflige á tu parentela,  
ya siente el tédio que hiela  
cuanto mira y cuanto toca.

GONZ. Por eso al mundo al venir  
tierno y triste sin cesar  
yo era amante antes de amar,  
y triste antes de sufrir.

Una ingénita influencia  
á todos quita el reposo.

ESTR. Pido á Dios que bondadoso  
te preserve de esa herencia.

GONZ. ¡Señor! ¿Cuál será ese arcano  
que le hace dudar así  
de Dios, del mundo, de sí,  
y del corazon humano?

ESTR. A ese misterio maldito  
se junta su enfermedad;  
y á todo una voluntad  
que es más dura que el granito.

GONZ. Muestra cada vez más viva  
con su mal de corazon  
la nostálgica espresion  
de una eterna expectativa.

Fiando una cosa horrenda  
de uno al otro á la memoria,  
mis abuelos de su historia  
van haciendo una leyenda.

Todos por causas de honor

han muerto, ó se han suicidado,  
por haberse apacentado  
todos de un mismo dolor.

¿Habrá una eterna mancilla  
que empañará nuestro honor?

ESTR. No, no; la version mejor  
es la version que no humilla.

GONZ. Inquiriendo en qué se funda  
este martirio tan largo,  
como ves, cumplo un encargo  
de mi madre moribunda.

ESTR. Pues no llegues á olvidar  
la fé, el juicio y la razon,  
que á tu noble corazon  
supo tu madre inspirar.

GONZ. Al morir fió á mi celo  
cosas que el sepulcro cierra.  
Fué una mártir en la tierra  
y es un ángel en el cielo.

ESTR. Si el que yo sepa esas cosas  
con el deber se concilia...

GONZ. Son tragedias de familia  
aunque sin sangre espantosas.  
Mira allí el retrato hermoso  
de esa madre idolatrada;  
solo con verla pintada  
recuerdo algo luminoso.  
Al morir...

ESTR. Ya están aquí.

GONZ. Pues callaré. ¡Ay, madre mia!  
se hundieron desde aquel dia  
cielo y tierra para mí!

#### ESCENA IV.

ESTRELLA, GONZALO,—TERESA, TIRSO.

*(Entra un criado á dejar una luz sobre la  
mesa.)*

TIRSO. Que en el mundo hay bien y hay mal:  
esto es lo que me decia  
ese buen Prior que cria  
dentro de un cráneo un rosal.

- TERES. Tan cerca de un monasterio,  
este florido rincon  
se parece á un panteon  
en medio de un cementerio.
- TIRSO. Por lo mismo, no es extraño  
que lo haya escogido yo:  
una vez que envejeció  
el diablo se hizo ermitaño.
- ESTR. Pues yo por la córte abogo,  
porque hablo aquí y siento frio:  
tengo miedo si me rio;  
voy á cantar y me ahogo.
- GONZ. (*Ap. á Teresa*) ¿Ha mirado algo?
- TERES. (*Ap. á Gonzalo*) No tal.  
Solo mira á su interior.  
Hablando con el Prior  
fué cada frase un puñal.
- TIRSO. Por eso lo amo, por eso;  
como aquel raton uraño  
que por meterse á ermitaño  
se metió dentro de un queso.
- TERES. Algo al pensamiento mio  
de lo de Estrella le pasa:  
no sé por qué en esta casa  
tengo miedo y siento frio.
- TIRSO. Volvereis á la ciudad...  
(*Ap.*) (Si probais vuestra honradez.  
Quiero ver aquí otra vez  
del mundo la realidad).
- ESTR. Bien.
- TERES. Bien.
- TIRSO. (*Ap.*) ¡Qué horrible desmayo  
embarga mi corazon  
con esta vil presuncion  
que me ha herido como un rayo!)  
Os lo repito otra vez:  
variareis de residencia.
- ESTR. Bien dicen que es la indulgencia  
la gracia de la vejez.
- TIRSO. Nos iremos, pues te empeñas;  
mas no sé por qué razon  
me inspira el mundo aficion

á los huecos de las peñas.  
GONZ. (*Ap. á T.*) Sepamos por qué el fastidio  
inspira á la raza nuestra  
esa invencible y siniestra  
tentacion del suicidio.  
Id.

TERES. Vamos.

GONZ. Llegad al fin  
de un mal que la paz nos roba.

TERES. Entraremos en su alcoba  
por la parte del jardin.

(*Vánse Teresa y Estrella por la puerta del fondo.*)

## ESCENA V.

TIRSO, GONZALO.

TIRSO. (*Ap.*) (Vuelven á inquirir ahora  
Estrella, con mi mujer,  
cuál la causa puede ser  
del humor que me devora).

GONZ. Ya creo que estás mejor.

TIRSO. Siento algo menos de hastío;  
mas es lo cierto, hijo mio,  
que todo me causa horror.

Tal vez de esta enfermedad  
se apague la fiebre ardiente  
conforme aspire el ambiente  
frio de la soledad.

Y, ó Dios me hace una merced,  
ó si no dentro de poco  
estaré loco, tan loco  
que escribiré en la pared.

GONZ. Saca, por Dios, tu razon  
de ese tenebroso abismo.

TIRSO. Si soy yo para mí mismo  
mi más horrible prision.  
Tú solo fueras capaz  
de dar quietud á mi sér,  
si algo pudiese volver  
á mi corazon la paz.

GONZ. Animo, que lentamente

te dará el campo reposo.

TIRSO. Ya nunca seré dichoso,  
aunque me es indiferente.  
Perdí un poco la razon  
con esta gota coral.

Siento de César el mal;  
tengo el mal de corazon.

GONZ. Me affige tanta amargura.

TIRSO. Y, además, yo soy, dudando,  
de los que van avanzando  
con cautela en la ventura.

GONZ. Nunca en tí la flor querida  
de la confianza crece.

TIRSO. Tal planta solo florece  
una vez en nuestra vida.

Pero no hay de que te asombres,  
si tu discrecion no olvida  
que el objeto de mi vida  
es conocer á los hombres.

De todo dudo, y advierte  
que, los que vas á heredar,  
solemos siempre vengar  
nuestras dudas con la muerte.

Toda la raza de Luna  
pasó en vision funeral  
como una turba infernal  
por encima de mi cuna.

Las dudas que me legaron  
mis padres, me las figuro  
como pies que allá en lo obscuro  
siendo niño me pisaron.

Y á esas dudas heredadas,  
que á enloquecerme conspiran,  
se unen otras que me inspiran  
nostálgias desesperadas.

GONZ. ¿No ves que esas son manias?

TIRSO. Pues vedlas con indulgencia,  
ya que solo es mi existencia  
la próroga de unos dias.

Siendo un bajío, esta herida  
en que mi nave se atasca,  
voy de borrasca en borrasca

cruzando el mar de la vida.

Ya no sabe mi dolor  
lo que es bueno y lo que es malo.  
Todo para mí, Gonzalo,  
tiene de sangre el color.

Cuanto más un ser amable,  
cual tú, me quiere alegrar,  
más viene á desconsolar  
á este ser inconsolable.

Como un fantasma encubierto  
miro aquí cada sillón,  
y en el más rico salón  
parece que todo ha muerto.

En todo, mi vista uraña  
vé de la muerte señales.  
Las telas de los cristales  
son como telas de araña.

La maldita alferecía  
me turba cualquier deseo,  
y hasta parece que veo  
negro el sol al medio día.

GONZ.  
TIRSO.

¡Qué horror!  
Todo cuanto siente  
es uno de esos odiosos  
guijarros que, misteriosos,  
tienen dentro una serpiente.

No á mi saber, cree á los años  
del que, sin piedad alguna,  
heredó desde la cuna  
diez lustros de desengaños.

Maté haciéndola sufrir  
tanto afán y pena tanta  
á tu madre, aquella santa  
que me perdonó al morir.

Con nada este afán mitigo.  
De esa madre que está en gloria,  
siempre será su memoria  
mi vergüenza y mi castigo.

Siempre este eterno reproche  
me tiene desconsolado:  
¡Si vieras cuánto he llorado  
en las sombras de la noche!

GONZ. ¡Qué funesta enfermedad!  
TIRSO. Como esto es cosa acabada,  
aquí no ha cambiado nada  
menos mi felicidad.

Si, vivid de gozo llenos,  
séres que tanto idolatro,  
que en la suerte de los cuatro  
sólo hay una dicha menos.

Déjame hasta que sucumba,  
Gonzalo, hijo de mi amor,  
arrastrar este dolor  
que ya mira hácia la tumba!  
¡Ay de mí!

GONZ.  
TIRSO.

    Mi mal completo  
ya, en fin, tu cariño sabe.  
(*Ap.*) (Escepto que es esta llave  
la llave de mi secreto).

## ESCENA VI.

TIRSO, GONZALO,—ESTRELLA, TERESA.

(*Entran Estrella y Teresa por la puerta de la derecha*).

GONZ. Ellas.

TIRSO. (*Ap.*) Con pena visible  
vuelven mi esposa y mi nuera,  
viajeras de una quimera,  
y obreras de un imposible.

GONZ. (*A Teresa*) ¿Nada?

TERES. Inútiles pesquisas.  
¿Y él?

GONZ. Cual siempre imperturbable.

ESTR. Es un hombre impenetrable  
que subraya las sonrisas.

GONZ. Yo voy á ver en seguida  
si sabe el padre Garcés  
por qué vino á un sitio que es  
una tumba de la vida.  
(*A Teresa*) Tú que se acueste procura,  
pues si pronto no sosiega,  
antes de tres dias, llega

su ansiedad á la locura.

Pero obrad con mucho tino. (*Vase*).

TIRSO. (*Ap.*) ¡Gonzalo es angelical!  
Sigue buscando el fatal  
enigma de mi destino.)

## ESCENA VII.

TIRSO, ESTRELLA, TERESA.

TIRSO. ¿Qué hacéis?

TERES. Nada.

TIRSO. Eso es fingir.

ESTR. ¡Válgame Dios, cuán bueno eres!

Muchas veces las mujeres

suelen mentir sin mentir.

TERES. ¡Cuánto, Tirso, tu impaciencia  
nos aflige el corazón!

TIRSO. (*Ap.*) (¿Si será esta la emoción  
del temblor de la conciencia?)

Ya verás para ser raro

la razón que yo tenía,

cuando nos llegue ese día

en que todo se ve claro.

TERES. Tú sufres.

TIRSO. Tú lo digiste:

y por lo mismo, respeta

que soy un poco poeta,

y que además estoy triste.

TERES. Y ¿nunca libre he de verte  
de ese malestar profundo?

TIRSO. Todo tiene algo en el mundo  
de la noche y de la muerte.

TERES. Dios dará á tu mal consuelo,  
pues oírás mis oraciones.

TIRSO. Tú siempre haces reflexiones  
de color de azul de cielo.

(*Ap.*) (Tras de Dios, desde la cuna  
este sexo se abroqueló:

rezar y fingir; escuela

de mujer sin mezcla alguna.)



ESTR. ¿Vamos á coger la almohada?

TIRSO. No será malo realmente  
que incline un poco esta frente  
por la angustia atormentada.

TERES. Vamos.

TIRSO. (*A Estrella*) Tú, porque me quejo,  
me obligas á recoger.

ESTR. No.

TIRSO. Pues habeis de saber  
que no siempre he sido viejo.  
Y en vuestros castos efluvios  
no siempre mi alma enervé,  
pues muchas veces domé  
tigres de cabellos rubios.

TERES. Nadie á ser galan te gana.

TIRSO. Ni á tí á ser pura y hermosa.  
Te amo, mi segunda esposa,  
como hija, mujer y hermana.

TERES. Es justa correspondencia  
de mi amor.

TIRSO. Eso es verdad:  
tú mi dios fatalidad  
convertiste en Providencia!  
(*Ap.*) (Tienen un mismo color  
las buenas y las culpables.  
Vaya, son impenetrables  
la malicia y el candor.)

ESTR. Que es muy tarde.

TIRSO. Ten paciencia.  
pues voy, aunque es vano empeño:  
porque yo me ahuyento el sueño  
dándome á mí mismo audiencia.

ESTR. El sueño es reparador.

TIRSO. Aunque me vaya á acostar,  
yo siempre me he de quedar  
frente á frente á mi dolor;  
pues siempre me hacen la guerra  
despues de las oraciones,  
todas las apariciones  
de cuanto sueña en la tierra.

(*A Teresa*) Adios. (*A Estr.*) Sé buena.

ESTR. Es de un loco

esa lección de moral.  
Yo sé bien que en obrar mal  
se gana siempre muy poco.

TIRSO. ¿Sí?

ESTR. Si yo fuese culpable  
lo confesaría todo.

TIRSO. (*Ap.*) (Esta confiesa de un modo  
que oculta algo inconfesable.)

ESTR. Pues desde mi tierna edad  
he aprendido bien que Dios  
divide el tiempo entre dos,  
su justicia y su piedad.

TIRSO. Ya. (*Ap.*) (Saca la consecuencia  
de su aire, mi estupidez,  
que el de aquella es de honradez,  
y el de esta es de soñolencia.)

Me voy, pues teneis empeño;  
aunque el cerebro me abrasan  
las fatigas que se pasan  
en una cama y sin sueño.

(*Ap.*) (¿Cuál sería la extrañeza  
de mi hija y mi mujer  
si ellas pudiesen leer  
lo que llevo en la cabeza?)

TERES. Que duermas bien.

TIRSO. ¿Qué me dices?

Ya hace una gran temporada  
que no me visita el hada  
de los ensueños felices.

Voy, pues, ahí dentro metido,  
á pensar con embeleso  
en que quisiera ser Creso  
para comprar el olvido.

¡Buenas noches!

TERES. Dios no quiera  
que la convulsion te dé.

TIRSO. (*Ap.*) (¿A cuál de estas mataré?

(*Abrazando á Ter.*) ¿Será á mi esposa?

(*Abrazando despues á Estr.*) ¿O á mi nuera?)

(*Vase Tirso por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA, TERESA.

ESTR. Su sonrisa es tan forzada  
que me angustia el corazón.

TERES. Si; rie con la espresion  
de una rabia concentrada.

ESTR. ¡Qué acritud!

TERES. Esa ironía  
que el talento suele usar,  
me hace mil veces echar  
de menos la tontería.

ESTR. ¡Qué completo visionario!

TERES. En su pensamiento noto  
un poco del hilo roto  
de las cuentas de un rosario.

ESTR. De nuestros pechos sencillos  
algo, y no bueno, sospecha.

TERES. Ya, como el diablo, nos echa  
unos ojos amarillos...

ESTR. ¡Qué raros son!

TERES. Las pisadas  
de él Gonzalo sigue ya.  
¿Si mártir también será  
de unas penas ignoradas?

ESTR. ¿Quién lo sabe? ¡En Dios confío!

TERES. Yo aun volveré.

ESTR. Volveremos.

TERES. Cuidemos, hija, cuidemos  
tú á tu marido y yo al mio. (*Vánse*)

ESCENA IX.

TIRSO, solo.

(*Al retirarse Teresa por la puerta lateral izquierda, y Estrella por la del fondo, sale Tirso del cuarto de la derecha espíandolas. Apaga la luz, y solo quedará la estancia alumbrada por la luz de la luna, que entrará por la puerta del fondo.*)

TIRSO. Se van. Ellas y yo así,  
sombras sin cuerpo girando,  
siempre nos vamos rondando  
yo á ellas, y ellas á mí.

Que siga rondando quiero  
la que es á su fé perjura,  
mientras con su red procura  
cazar al topo el topero.

*(Saca una llave y abre la especie de armario con asien-  
to que habrá detrás de la mesa.)*

Abramos. ¡Triste destino  
el de inquirir é inquirir,  
para llegarse á aburrir  
de lo humano y lo divino!

Ya está abierto. ¡Cómo abrasa  
la duda mi corazon!  
¡Dios echó con la invencion  
la maldicion á esta casa!

¡Oh abismo, me espanta el verte!  
¡Animo, corazon mio!

Ya siento, con todo el frio,  
todo el sudor de la muerte!

¡Salve, artificio fatal,  
que los espíritus prensa,  
eco sordo de la inmensa  
perversion universal!

¡Es el vil maquiavelismo  
de estos tubos invisibles,  
el eco de las terribles  
resonancias del abismo!

¡Sentado aquí horas enteras,  
voy con profunda inquietud  
relegando la virtud  
al rango de las quimeras!

¡Renueva, vil delator,  
un momento mis heridas;  
un momento que es mil vidas,  
y mil vidas de dolor! *(Escuchando.)*

Nadie habla. En vano interrogo.

¡Me asesina esta tardanza!...

¡Qué horrible desconfianza!

¡Aire! ¡Aire! que me ahogo!...

*(Se inclina sobre la mesa ocultando la cabeza entre  
las manos.)*

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

TIRSO.

*(Aparece Tirso en la misma situacion del fin del acto primero. Dá un reló las doce, y Tirso se va incorporando poco á poco.)*

TIRSO. *(Contando las campanadas del reló.)*  
Cinco... nueve... La igualdad  
de esa inflexible cadencia  
va dejando en mi conciencia  
algo de la eternidad.

### ESCENA II.

TIRSO.—TERESA.

*(Sale Teresa de la izquierda y se acerca con misterio á escuchar á la puerta del cuarto de la derecha.)*

TIRSO. De la luna á los fulgores  
¿qué inquirirá mi mujer?  
¡Oh! ¿por qué siempre han de ser  
tan cobardes los traidores?  
¡Taimada! Te has engañado:  
es difícil que se pueda  
hacer traicion al que hereda  
el saber de un gran pasado.  
¿Qué hará? El fin de lo que veo  
aguardo en este rincón,  
lo mismo que en su prision  
aguarda al verdugo el reo.

TERES. (*Escuchando*) Sigue bien. No se oye nada.  
¡Ay! más valiera morir  
que de su epilepsia oír  
la terrible carcajada.

(*Teresa se vuelve á marchar por la puerta de la izquierda.*)

### ESCENA III.

TIRSO.

TIRSO. Se aleja. No cree que velo.  
Y, aunque durmiera ¡imprudente!  
Dios no duerme, es aparente  
el sueño del alto cielo.

### ESCENA IV.

TIRSO.—ESTRELLA.

(*Entra Estrella por la puerta del fondo á escuchar lo mismo que Teresa.*)

TIRSO. ¡Estrella, tras de mi esposa!...  
Esto al menos me hace ver  
que Teresa aun puede ser  
tan honrada como hermosa.

ESTR. (*Escuchando.*) Duerme tranquilo. Su mal,  
como yo siempre creía,  
es, más bien que alferecía,  
una enfermedad moral.

(*Estrella se va por la puerta del fondo.*)

### ESCENA V.

TIRSO.

TIRSO. Avanza en secreto, avanza,  
mientras, cargado de afanes,  
revuelvo yo aquí los planes  
más atroces de venganza.  
¿Cuál nos estará engañando?  
¿Será solo su intencion  
el inquirir la razon  
del mal que me está matando?  
Pronto esta oreja escondida

me contará la verdad.  
Hace esta curiosidad  
el infierno de mi vida. (*Escuchando.*)

Si; ya el momento ha llegado  
de saber de este espion,  
que la tierra es un monton  
de fango petrificado.

Ya siento ruido. Ahí están.  
Sangre de mi pecho mana  
al ver que es la voz humana  
el soplo del huracan.

Son, más que voces, resuellos  
lo que empiezo á comprender...  
¡De impaciencia siento arder  
la raíz de mis cabellos!

¿Cuál será? ¿Si será Estrella?...  
Si es Teresa... ¡Oh, duda atroz!...  
no, no, que oigo aquí una voz  
que aboga siempre por ella!

Si es ella... ¡fatalidad!  
seré, matando á mi esposa,  
la madre que, cariñosa,  
mata á un hijo por piedad.

Nombran cartas... ¡Maldicion!  
una es infiel: esto es hecho.  
¡Hasta rompérseme el pecho  
me palpita el corazon!

Vuelven de cartas á hablar...  
Matarlos con tiempo quiero,  
pues si de pena me muero  
no los podré asesinar.

Si es Teresa... ¡Oh! ¡Cuántas penas  
la desconfianza anida,  
cuando se pasa la vida  
husmeando faltas ajenas!

Vamos, vamos á matar,  
que, en estos casos de honor,  
al odio desde el amor  
no hay más que un paso que dar.

(*Saca un puñal.*)

ESCENA VI.

TIRSO.—GONZALO.

*(Al salir Tirso, aparece Gonzalo que le intercepta el paso.)*

TIRSO. Quita.

GONZ. ¿A dónde vas, señor?

TIRSO. Voy, del honor arrastrado,  
á que, antes que el engañado,  
muera el que es engañador.  
¡Apártate!

GONZ. ¡Qué martirio!

TIRSO. A vengar nuestras injurias  
voy llevado por tres furias,  
la fiebre, la ira, el delirio!

GONZ. Pero...

TIRSO. Y porque ir no me impidas,  
heredero de mis duelos,  
oye por qué tus abuelos  
fueron locos ó suicidas.

GONZ. Ese lenguaje me aterra.

TIRSO. Es esa silla espantosa  
la cadena más odiosa  
que ha arrastrado hombre en la tierra.

Oye bien; y por fin sabe  
el secreto extraordinario  
de esa silla medio armario  
que se abre y cierra con llave.

GONZ. ¿Es ese el arcano?...

TIRSO. Sí:

cada pared tiene un hueco,  
y cada salon un eco,  
cuyo eco retumba ahí.

Una tradicion confusa,  
que un abuelo nuestro oyó,  
cuenta que esto lo inventó  
Dionisio de Siracusa.

Fué una maldicion eterna  
que ese abuelo nuestro ha escrito  
en este salon maldito  
que es de un tigre la caverna.



Él hizo esta casa el centro  
de un espionaje vil,  
por la manía febril  
de ver el mundo por dentro.

GONZ. ¡Triste invencion que no envidio!

TIRSO. De esta guarida de horror,  
la entrada es el deshonor,  
la salida el suicidio.

GONZ. ¡Qué espanto!

TIRSO. El menor aliento  
llega de la casa toda  
á esa especie de pagoda  
dedicada á un dios sangriento.

Aquí por curiosidad  
á sus deudos convidaba,  
y escuchando ahí, sacaba  
de entre nieblas la verdad.

GONZ. Así desde el tal abuelo  
va de nuestra casa en pos,  
no la cólera de Dios,  
sino el desprecio del cielo.

TIRSO. Llegas y oyes, y no te asombre  
si conoces por la voz  
que es un animal feroz  
en todas partes el hombre.

Verás honras mal ganadas,  
y virtudes mal perdidas,  
inocencias oprimidas,  
y amistades renegadas.

Acércate, y podrás ver  
afecciones sin pasión,  
puntos de honor sin razón  
y crímenes sin placer.

Verás, al ver de las gentes  
las virtudes sin pasiones,  
salir de los corazones  
el egoísmo á torrentes.

Y, de sí mismo á pesar,  
cómo siente el corazón  
la infinita aspiración  
de amar, vivir y esperar.

Las salas abovedadas

te dirán que el mundo entero,  
es un inmenso hervidero  
de entrañas despedazadas.

Pues son los pechos humanos,  
en cuerpos llenos de afanes,  
aberturas de volcanes  
que surgen de entre pantanos.

GONZ. ¡Hielas la sangre en mis venas!

TIRSO. Esa maldecida traza,  
ha costado á nuestra raza  
más de cien años de penas.

Hoy mismo, nuestro amor tierno  
verás, por esta invencion,  
que lo vende la traicion,  
esa iglesia del infierno.

GONZ. ¡Horror! mi alma se subleva  
ante esa creencia horrible  
de que es un sueño imposible  
la virtud á toda prueba.

TIRSO. Pues aquí, una de las dos  
falta, y va á ser espiada;  
¡será una causa formada  
en los secretos de Dios!

GONZ. ¡No!

TIRSO. ¡Si! Con esta noticia,  
querrás oír, y oirás;  
y cuando oigas, te verás  
obligado á hacer justicia.

GONZ. ¿Dudar de...? ¡Perdon, señor,  
si no quiero obedecerte;  
no tengo miedo á la muerte,  
pero lo tengo al dolor!

TIRSO. Es inútil tu tibieza,  
porque á ese abismo fatal,  
para ir á auscultar el mal  
te arrojarás de cabeza.

Cual yo, sabiendo ese arcano,  
pasarás la vida oyendo,  
y esprimiendo, y esprimiendo,  
hiel de corazón humano.

GONZ. Y ¿qué halla el que alzar intenta  
del mundo el velo social?

- TIRSO. La presencia universal  
de una universal afrenta.  
¿Será Estrella fementida? (*Con misterio.*)
- GONZ. ¡Qué idea tan espantosa!  
¡Ella, que es la única cosa  
en que tengo fé en la vida!
- TIRSO. ¿Podrá Teresa faltar?
- GONZ. ¿Esa adorable mujer?...
- TIRSO. ¿Será algun maldito ser  
que yo he puesto en un altar?
- GONZ. ¡Virtud tan acreditada!...
- TIRSO. ¡Ay, Gonzalo, es la esperiencia  
una Casandra sin ciencia  
que nunca ha ilustrado nada.  
Así, es forzoso saber...
- GONZ. ¡Es un medio abominable!
- TIRSO. Aquí vive una culpable.
- GONZ. ¿Cuál de las dos podrá ser?
- TIRSO. A tu fé ya sobrepuja  
la duda al fin.
- GONZ. Y es así,  
pues de un demonio hácia allí  
la obscura mano me empuja.
- TIRSO. ¿Ves? antes de oír ya sientes  
la duda vertiginosa:  
ya no es tu pecho otra cosa  
mas que un nido de serpientes.
- GONZ. Pues bien, quiero por mi mismo  
llegar á auscultar mi mal:  
ese artificio infernal  
me atrae como el abismo.  
¡Qué invencion tan maldecida!
- TIRSO. Entra y oye.
- GONZ. En su interior  
casi se siente el hedor  
de una tumba removida.  
¡Tiemblo de espanto y de frío!
- TIRSO. Yo, ya me siento tan malo!...
- GONZ. ¿Qué será de mí, Gonzalo?  
¿Qué será de tí, hijo mio?
- GONZ. (*Escuchando*)  
No hallo el nudo de este drama,

- pues distingo mal la voz.  
 TIRSO. ¡Qué tormento es tan atroz  
 el sospechar de quien se ama!  
 GONZ. En vez de oír, mis sentidos,  
 con esta infame tarea,  
 los invade una marea  
 que me zumba en los oídos.  
 TIRSO. Me desmayo... acaba luego.  
 GONZ. Por oír no aliento apenas.  
 TIRSO. Ya ignoro si por mis venas  
 corre sangre ó corre fuego.  
 GONZ. ¡No es ella!... ¡Es ella!... ¡No!... ¡Sí!...  
 ¿Cuál génio traerme pudo  
 á este delirio en que dudo  
 de todo el mundo y de mí?  
 TIRSO. ¡Qué opresión siento en el pecho!  
 GONZ. ¿Esa es Estrella?... No es esa...  
 TIRSO. Pues ¿crees que será Teresa,  
 la bendición de mi techo?  
 GONZ. Lo ignoro; que mis oídos  
 los perciben ¡maldición!  
 más oscuros, cuanto son  
 más intensos los sonidos.  
 TIRSO. Sigue.  
 GONZ. Frases de amor llenas...  
 TIRSO. ¿Las dice ella?...  
 GONZ. Las dice él.  
 TIRSO. ¡Hasta romperse la piel  
 se están hinchando mis venas!  
 GONZ. Oigo de cartas hablar...  
 TIRSO. ¿De cartas? Los mataré,  
 porque despues estaré  
 inútil para matar.  
 (*Volviendo á sacar el puñal.*)  
 ¡Honor mío, á tu salud!  
 GONZ. (*Siguiéndole*) ¿A dónde vas?  
 TIRSO. Los de Luna  
 heredan desde la cuna  
 el valor y la virtud.  
 GONZ. Mira que el rencor te priva.  
 TIRSO. Soy el infierno, y por Dios  
 que hoy alguna de las dos

va á ser abrasada viva.

¿Estrella?... ¿Teresa?... ¡A mí!...

GONZ. ¡Qué vértigo tan furioso!

TIRSO. Siento el acceso nervioso...

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! Ven aquí.

(*Supone en su delirio que tiene agarrada alguna persona.*)

¡No te me escapes, falsaria,  
dame cuenta de mi honor!

GONZ. ¡Cuánto me angustia el horror  
de su risa involuntaria!

TIRSO. Ya ves que un marido anciano  
es difícil de engañar:

y que se suele vengar  
el diablo tarde ó temprano.

¡Deshonrarme bajamente,  
cuando sabias ¡perjura!  
que no ardió llama más pura  
en corazon más ardiente!

¡A mí, que en mi loco encanto  
tanto, tanto te queria,  
que aun hoy te perdonaria  
si no te quisiera tanto!

Mas... ¡Já! ¡já! ¡já!... si no es ella.

Vuelve ese rostro hácia aquí.

¿Eras tú?... ¡loco de mí!

¡Si no es Teresa, es Estrella!

Conque ¿engañarnos querias?

Ven aquí, falsa mujer;  
¡ya ves que suele el placer  
tener tambien malos dias!

¿Me invitas á ser clemente?  
No ruegues más; basta, basta:  
la mujer debe ser casta,  
el hombre ha de ser valiente.

¿Crees que te he de perdonar  
porque rio?...

GONZ. ¡Oh, qué sufrir!

TIRSO. ¡No, no; si es que este reir  
es mi modo de llorar!

¡Silencio! He dicho que basta.  
Ya que has delinquido, muere,

no con la espada que hiere,  
sino con el pie que aplasta.  
¡Já! ¡já! ¡já! Vuelve á llorar...

GONZ.

¡Maldita risa estridente!

TIRSO.

Me rio espantosamente  
porque te voy á matar.  
¡Baldon de la estirpe mia,  
antes que me vuelvas loco  
deja que esté poco á poco  
saboreando tu agonía!  
¿Perdon? ¡Já! ¡já! No lo creas:  
vas á acabar de sufrir.  
¡Muere!... y despues de morir,  
¡infame, maldita seas!

(*Tirso cae desmayado en los brazos de Gonzalo.*)

GONZ.

(*Colocando á su padre sobre un asiento.*)

¡Pobre padre! Mi deber  
ahora es vengar... ¡Santo Dios!  
y ¿cuál será de las dos?  
¿Si es ella?... ¡No puede ser!  
¡Alienta, corazon mio!  
Vamos. Aquí está el puñal. (*Recogiendolo*)  
¡Vértigo extraño y fatal!  
¡Ardo á un tiempo y tengo frio!  
Voy mi deber á cumplir.  
¿Y si hallo á Estrella?... Mejor...  
¡Ah! ¡qué eterno es el amor.  
pues nunca quiere morir!  
¡Cuán difícil es romper,  
aun en la ocasion más dura.  
los lazos de la ternura  
que nos atan sin querer!  
¡Estrella!... No sé qué aboga  
por ella en mi corazon...  
¡Ay! esta sofocacion  
¡me ahoga!... ¡me ahoga!... ¡me ahoga!...  
¿Quién creerá que el alma mia  
tan enamorada siento,  
que es mi amor en mi tormento  
más grande que en mi alegría?  
¿Qué haré?... ¿Si llegase á ver  
mi padre al volver en sí,

que yo vacilaba así  
entre el amor y el deber?...  
Vamos luego, vamos luego...  
¡Veo tan turbio!... ¡Valor!...  
Creo que más que el rencor  
el amor me pone ciego.

ESCENA VII.

TIRSO, GONZALO.—ESTRELLA (con una luz.)

GONZ. ¿Quién es?  
ESTR. Yo.  
GONZ. ¡No veo bien!  
¿Quién es? ¿Quién es?  
ESTR. ¡Soy Estrella!  
GONZ. (*Dejando caer el puñal y arrodillándose.*)  
¡Gracias, Dios mio, no era ella!  
ESTR. (*Dejando caer la luz.*)  
¡Dios mio! ¡Es loco tambien!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO





---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

ESTRELLA, GONZALO.

- ESTR. Desde que lo sé, esa silla  
me produce el mismo afán  
que esos ídolos que dan  
por las noches pesadilla.  
No hallo á esa invencion escusa.
- GONZ. Fué capricho de un abuelo  
del cual ha sido el modelo  
Dionisio de Siracusa.
- ESTR. Esa invencion malhadada  
es muy propia de un tirano  
que siempre tuvo la mano  
sobre el pomo de la espada.  
Juzga lo que es la invencion  
cuando hasta de mí has dudado.
- GONZ. Sí; ya el secreto ha infiltrado  
la duda en mi corazón.
- ESTR. El verte de mí celoso  
llena mi pecho de luto.
- GONZ. El amor es absoluto  
ó desespera ó es dichoso.
- ESTR. Sin confianza, comienza  
mi ventura á no ser tanta.  
¡Tener celos! Eso espanta:  
más aun, eso avergüenza.

GONZ. Vuelvo á ver si al prisionero  
algo le puede faltar,  
pues nunca debe bajar  
á villano un caballero.  
ESTR. ¿Te bates con él?  
GONZ. Me bato.  
ESTR. Suéltale.  
GONZ. No puede ser.  
ESTR. ¡Por Dios!  
GONZ. Al anocheecer  
le saco al campo y le mato.  
Cuando fuí, tuve la suerte  
de hallarle alli, y le encerré  
despues que con él dejé  
arreglado un duelo á muerte.  
En último resultado,  
cuando hay faltas que vengar,  
tan solo debe contar  
con la muerte el hombre honrado.  
De nuestra madrastra, Estrella,  
cuida cual si fuese madre,  
que, en volviendo en sí mi padre,  
la mata si cree que es ella.  
(*Vase Gonzalo por el fondo.*)

## ESCENA II.

ESTRELLA,—TERESA.

ESTR. ¿Teresa?  
(*Estrella se acerca á la puerta de la izquierda y saca á Teresa por la mano.*)  
Huye, por favor,  
que es público tu delito.  
TERES. Lo sé.  
ESTR. Este salon maldito  
ha sido tu delator,  
¿Quién es ese hombre?  
TERES. Un villano.  
ESTR. ¿Un villano?... No comprendo.  
TERES. Te lo aseguro, poniendo  
sobre el corozon la mano.

Ya le odio de tal manera  
que lo quisiera matar  
si lo pudiera enterrar  
sin que ninguno lo viera.

ESTR. ¿Cómo un hombre que no se ama  
te impone una esclavitud?

TERES. Porque espongo mi virtud  
para no perder mi fama.

ESTR. No entiendo.

TERES. Estreila querida,  
me hizo un antiguo deslíz,  
más que perversa, infeliz  
en la aurora de mi vida.

Me amó, y dejó el miserable;  
y ahora por vanidad  
me hace sufrir la ansiedad  
de una vida insoportable.

Cuando, falto de nobleza,  
unida á este hombre me vió.  
poco á poco me arrastró  
desde el miedo á la bajeza.

De unas cartas mías dueño,  
me tiene á su carro uncida;  
y el infame, de mi vida  
hace una noche sin sueño.

Después que me vió casada  
me envolvió en la agitacion  
que arrastra á su perdicion  
á un alma ya condenada.

ESTR. Tú lo estás autorizando.

TERES. No es porque amo, es porque temo;  
lo juro ante ese Supremo  
Juez que nos está mirando.

ESTR. ¡Qué complicacion tan rara!

TERES. ¡Ay! en llegando á faltar,  
ó hay que engañar, ó luchar  
con el mundo cara á cara.

Por más que le huyo, el malvado  
me hace con mis cartas miedo:  
quiero ser buena y no puedo,  
porque me abrumba el pasado.

ESTR. Pues cree á quien por tí se afana;

niega el hecho á tu marido.  
Como á madre te lo pido,  
te lo ruego como hermana.

TERES. Pero...

ESTR. Tú niega impasible.

TERES. Mi ruina es inevitable.

ESTR. Si el daño es irreparable,  
no es el perdon imposible.

TERES. Será mayor mi suplicio  
si de él obtengo el perdon.

ESTR. Buscarás la expiacion  
por medio del sacrificio.

TERES. Ahí está.

ESTR. Resolucion!

Cree á una hija cariñosa  
que, por mirarte dichosa,  
daria su corazon.

### ESCENA III.

ESTRELLA, TERESA.—TIRSO (que sale por la derecha).

TIRSO. (*Ap.*) (Ella es).

ESTR. (*Retirándose hácia el fondo*)

(*Ap.*) ¡Pobre amiga mia!

TIRSO. Tú ¿ya sabrás que el infierno  
no es más que el castigo eterno  
del desliz de un solo dia?...  
¿Quién en casa á un hombre entró?...  
Aquí solo hay dos mujeres....  
Contéstame al punto, ó mueres....  
¿Eras tú?... ¿Quién era?...

ESTR. (*Desde el fondo*) ¡Yo!

TIRSO. ¿Quién, dices?

ESTR. ¡Yo!

TIRSO. ¡Qué maldad!

Voy á atravesarte el pecho.

ESTR. ¿A mí?

TIRSO. A ti.

ESTR. ¿Con qué derecho?

TIRSO. ¿Con qué derecho?... (*Ap.*) (Es verdad).

Mas, si tu esposo te oyó.  
si estás convicta y confesa.

ESTR. Él piensa que fué Teresa:  
y vos sabéis que soy yo.

TIRSO. Con quien nuestra casa infama  
¿qué haré yo entonces?

ESTR. Callar.

¿Qué menos puede esperar  
de un caballero una dama?

TIRSO. Pero...

ESTR. Algun dia lo de hoy  
sabrà Gonzalo.

TIRSO. ¿Y despues?

ESTR. Despues... él será lo que es;  
y yo seré lo que soy.

TIRSO. ¿Callar? ¡Oh! la ira me abrasa.  
¿Con que tú impedirme intentas  
que yo tambien pida cuentas  
del honor de nuestra casa?

ESTR. (*Ap.*) Hago un bien grande, y en suma,  
nada su rencor me importa.

TERES. (*Ap.*) ¡Con cuánto valor soporta  
el desprecio que la abruma!

TIRSO. Pero ¿y la sombra ultrajada  
de aquellos antepasados  
que marchaban siempre armados  
con la cruz y con la espada?

ESTR. No creo que la nobleza  
de sus timbres menoscaben  
los secretos que se saben  
por medio de una bajeza.

TIRSO. ¡Cómo!...

ESTR. En el cáos social  
sabe, el que más desentraña,  
que no hay prados sin cizaña,  
que el que escucha oye su mal.

TIRSO. ¡Qué mujer abominable!  
(*A Teresa*) Vámonos de aquí los dos,  
porque algunas veces Dios  
hace grande lo execrable.

ESCENA IV.

ESTRELLA, TERESA, TIRSO.—GONZALO,

TERES. ¡Piedad, Tirso, por favor!

TIRSO. No te apiades.

ESTR. (*A Tirso*) ¡Mi marido!  
Caballero, no hagais ruido,  
que son secretos de honor.

GONZ. (*A Estrella*) Como se quiera escapar  
sin remision lo apuñalo.

ESTR. (*A Gonzalo*) Cíñete, por Dios, Gonzalo,  
á oir, á ver y á callar.

GONZ. (*A Estrella*) Tengo bien preso al villano,  
no hará nada de ella en mengua:  
como hable, pierde la lengua;  
y, como escriba, la mano.

(*Durante esta escena, cuando Gonzalo quiera dirigir  
la palabra á Estrella, esta le hará algunas señas  
imponiéndole silencio.*)

TIRSO. (*Ap.*) ¡Mi pobre hijo!

GONZ. (*Ap.*) ¡El pobre padre  
que tan hidalgo nació!

TIRSO. (*Ap.*) ¡Él, que de Dios recibió  
tantos dones de su madre!  
(*A Teresa*) ¡Qué mujer! Es como un hielo.  
¡Tú, tú sí que eres un ser  
que podria ennoblecer  
á los ángeles del cielo!

TERES. (*Ap.*) ¡Oh! ¡qué pesada es la cruz  
de estas lisonjas crueles!

TIRSO. Brotan de tus ojos fieles  
dos surtidores de luz.

TERES. (*Ap.*) ¡Tanta ternura me aterra!

TIRSO. (*Ap.*) Vamos, parece increíble.

GONZ. (*Ap.*) ¡Es un poema terrible  
cada familia en la tierra!

TIRSO. (*Ap.*) ¡Qué cosa tan execrable,  
hacer, por un acto odioso,  
del marido más dichoso,  
el hombre más miserable!

GONZ. (*A Estrella*) ¿Cómo mi padre su duelo lleva en calma?

ESTR. Ten paciencia,  
y fíate en mi conciencia  
que es tan pura como el cielo.

GONZ. Su tranquilidad me espanta.

TERES. (*Ap. mirando á Estrella*).

En su estudiada bajeza  
brilla en ella la nobleza  
de una reina, y reina santa.

GONZ. (*Ap.*) ¿Será su calma fingida?

TIRSO. (*Ap.*) (No quiere el hado cruel  
que mi estirpe haga un papel  
siempre heróico en la vida.)  
Gonzalo, dame un abrazo:  
me ausento de tí.

GONZ. ¿Te ausentas?

TIRSO. (*Bajo á Estrella.*)  
¡Para ajustar nuestras cuentas  
delante de Dios te aplazo!

TERES. (*Bajo á Estrella.*)  
¡No hay sér que en virtud te venza:  
te admiraré eternamente!

TIRSO. (*Separando violentamente á Teresa de Es-  
trella.*)

Despréciala. Alza la frente.

TERES. (*Ap.*) ¡Desfallezco de vergüenza!

TIRSO. Quiero que á esa maldecida  
mire al partir, con horror,  
la que reanimó mi amor  
en la tarde de mi vida.

(*Se van por la puerta del fondo Tirso y Teresa.*)

## ESCENA V.

ESTRELLA, GONZALO.

GONZ. ¿Cómo es que?...

ESTR. Hablemos los dos;  
¿me vas á ser franco?

GONZ. Si.

ESTR. ¿Tienes confianza en mí?

- GONZ. Tengo la misma que en Dios.  
ESTR. Pues óyeme, y no te alteres.  
Yo de un mal fin la sustraje.  
GONZ. ¿Cómo?  
ESTR. Aceptando su ultraje.  
¿Obré bien?  
GONZ. Como quien eres.  
ESTR. ¿Qué importa, pues, la apariencia  
que la libra de un castigo,  
si yo me hallo bien contigo,  
con Dios y con mi conciencia?  
GONZ. Has hecho bien, pues tú sola  
puedes Estrella quizás  
llevar, honrándote más,  
de un oprobio la aureola.  
ESTR. Esa máquina infernal  
va á ser por mí destruida.  
GONZ. Sí. ¡Qué horrible es la vida  
en su desnudez moral!  
ESTR. Desdeña esa ocupacion  
de ahondar como un miserable,  
en ese abismo insondable  
que se llama el corazon.  
Eso que las almas prensa,  
¿cuenta con exactitud  
que hay, entre hechos sin virtud,  
virtudes sin recompensa?  
¿Os dice que las pasiones  
son siempre al cabo rendidas:  
que hay voluntades vencidas  
que aplastan los corazones?  
¡Cuántas acciones honrosas  
se calumnian! Y además,  
¡cuántas veces pierden más  
las palabras que las cosas!  
¡No hay medio de que comprenda  
este corazon honrado  
que el mundo es solo un mercado  
y el honor una leyenda!  
¿Nunca vió tu perspicacia  
que en la humana sociedad  
es, más veces que maldad,



el crimen una desgracia?  
¿que es sin el mútuo respeto  
la vida una saturnal;  
que hasta el mismo órden social  
si existe, es por el secreto?  
¿Qué extraño es que, con las penas  
de las pobres criaturas,  
hasta las fuentes más puras  
arrastrén cieno y arenas?!...

## ESCENA VI.

ESTRELLA, GONZALO.—TIRSO.

TIRSO. (*Desde el fondo como si hablase con un criado*).

Di á esos señores, Joaquín,  
que estoy de esperarlos harto:  
que entren con eso en mi cuarto  
por la puerta del jardín.

Menos una, dispondrás  
que todas las puertas cierren.  
Después que á ese muerto entierren,  
yo dispondré lo demás.

(*A Gonzalo dándole un paquete de cartas.*)

Las cartas famosas ten.

GONZ. ¡Cómo! ¿Al fin?...

TIRSO. Fué un fin fatal!

Menos el fin, en el mal  
todo suele salir bien.

Viendo bajar al traidor  
por un balcon, le maté.

(*Movimiento de sorpresa de Estrella y Gonzalo.*)

Yo siempre derecho iré  
á cualquier lance de honor.

ESTR. Mas...

TIRSO. (*A Estrella*) Tú, al morir, no es preciso  
que te esfuerces en llamar,  
pues Dios te abrirá al llegar  
las puertas del Paraíso.

ESTR. ¿Y Teresa?

TIRSO. ¡Ah! si; allá está.

Yo, tras de un seguro asilo,

voy á despedir tranquilo  
la vida que se me va.

GONZ. ¿Dónde vas?

TIRSO. Lo sabrás luego.

¿No adivinas?...

GONZ. No adivino...

TIRSO. ¡Sigue escribiendo el destino  
nuestra historia á sangre y fuego!  
Hoy, pues pronto he de morir,  
de la muerte haré un ensayo...  
¡Hay desgracias como el rayo,  
que alumbran al destruir!

GONZ. A esa vida, que bendigo,  
¿no atentarás?

TIRSO. Por supuesto.

Yo amo al Dios que nos ha impuesto  
el vivir como un castigo.  
Espérame aquí.

GONZ. Aquí espero.

TIRSO. Lo que voy á hacer, se hará.  
Esto quiero; esto será:  
porque, entendedme, esto quiero.  
(*Vase Tirso por la puerta de la derecha.*)

## ESCENA VII.

ESTRELLA, GONZALO.

GONZ. ¿Qué hará?

ESTR. ¿Ves lo que se alcanza  
con saber y más saber?  
Que no se halla más placer  
que el placer de la venganza.

¿Posible es que andando en pos  
de toda moral dolencia,  
pueda ser nuestra existencia  
un don precioso de Dios?  
¿Qué piensas?

GONZ. Pienso, aunque tarde,  
que tienes mucha razon;  
que en nuestra alma es la pasion  
humo de la antorcha que arde.

ESTR. ¿Deben hombres bien nacidos,  
usar los medios que emplean  
gentes que contrabandean  
pensamientos prohibidos?

¿Cómo se ha de conservar  
en este mundo esperanza,  
perdiendo la confianza  
base del paterno hogar?

GONZ. ¿Pero cuál es tu deseo?...

ESTR. ¿Dónde encuentro un hacha?... Allí.  
(*Cogiendo la maza ó el hacha de la panoplia.*)

¿Crees en mí? Di. ¿Crees en mí?  
Mírame á los ojos.

GONZ. Creo.

ESTR. Pues, sin remision ni excusa  
voy á ~~cortar~~ por mi mano  
la ~~oreja~~ del rey tirano  
Dionisio de Siracusa.

*romper  
invencion*

GONZ. Me alegro, Estrella, que así  
apartes la tentacion  
de que en alguna ocasion  
vuelva yo á dudar de tí.

ESTR. (*Rompiendo á golpes el dosel de la silla.*)  
¡Con qué placer hago astillas  
este invento de un tirano!

GONZ. (*Besando la mano de Estrella.*)  
Deja que en tanto tu mano  
besando esté de rodillas.

## ESCENA VIII.

ESTRELLA, GONZALO.—TIRSO.

(*Sale Tirso acompañado de dos frailes. Detrás un paje  
con un hábito de monje colocado en una bandeja.  
Por último algunos criados con hachas encendidas.*)

GONZ. ¿Qué ves?

ESTR. No lo sé.

TIRSO (*señalando á la bandeja*) Un presente  
que, como prueba de amor,  
mandó á mi ruego el Prior  
del monasterio de enfrente.

GONZ. ¿Qué misterio?...  
TIRSO. No hay misterio.

Cual otros á un precipicio,  
voy yo á arrojarne con juicio  
al fondo de un monasterio.

GONZ. Mas ¿qué causa razonable?...

TIRSO. ¡Necesidades del alma!  
¡Tras la tempestad, la calma;  
tras lo móvil, lo inmutable!

GONZ. Aun es posible...

TIRSO. ¡Imposible!  
¿No veis que es mi vida entera  
nave perdida en ribera  
al socorro inaccesible?

GONZ. Yo os ruego...

TIRSO. ¡Qué pesadez!  
A mi alma de angustia llena  
dejadle llorar la pena  
de su eterna viudez.

ESTR. ¡Padre mio!...

TIRSO. ¡Hija querida!  
Sin ventura y sin mujer,  
ya tan solo puedo ser  
fraile, loco ó suicida.

ESTR. ¿Y ella?...

TIRSO. Cuando en el jardín  
me vió esas cartas odiosas,  
estaba cual sobre rosas  
el pobre Guatimocin.

GONZ. ¿Pero, en fin?...

TIRSO. En fin, mi mano  
cuando sobre ella cayó,  
pasó ardiendo, ¡cual pasó  
la lava sobre Herculano!

ESTR. ¿Pero por fin?...

TIRSO. Y por fin,  
dió media vuelta en redondo,  
perdió el tino y cayó al fondo  
del estanque del jardín.

ESTR. ¡Oh! qué suerte tan fatal!...

TIRSO. Despues, en el fondo aquel  
por no servirme más de él

eché con ella el puñal.

GONZ. ¿Lo llevaría clavado?...

TIRSO. No es de un buen Luna esa frase.

¿Querías que yo bajase  
al sepulcro deshonorado?...

ESTR. ¡Qué injusta es su mala suerte!

TIRSO. Estrella, acércate á mí;  
despues de abrazarte á ti,  
¡solo abrazaré á la muerte!  
¡Feliz quien la dicha alcanza  
de tenerte siempre enfrente,  
y estar viendo eternamente  
en tus ojos la esperanza!  
¡Que tu inocente ilusion  
nunca pierda, hija querida,  
la confianza en la vida,  
ni la fé en la religion!  
¡Siempre en pensar y en sentir,  
sé de tus acciones dueña;  
que sea siempre tu enseña  
la de ser pura ó morir!  
Tampoco de tí se olvida  
tu padre; Gonzalo, ven;  
toma otro abrazo tambien, (*lo abraza*)  
¡el último de mi vida!  
¡Con cuánta delicia veo  
que eres siempre el hijo amado  
que, antes de ser engendrado,  
lo concibió mi deseo!  
¡Trata á esa esposa querida,  
con la ternura y la fé  
de aquella madre que fué  
el espejo de tu vida!  
Os quiero de aquí alejar,  
pues, desde que fué fundado,  
toda dicha se ha ausentado  
de este maldecido hogar.

GONZ. No hay para alejarse excusa,  
porque ya Estrella rompió  
la oreja vil que inventó  
Dionisio de Siracusa.

TIRSO. ¿La ha roto Estrella?... Es escasa

su venganza por demás.  
Yo mandé hacer mucho más.

*(Señalando á la derecha por donde se empezará á ver el resplandor de un incendio.)*

¿Veis? Ya está ardiendo la casa.  
Salid de aquí.

ESTR. Pero, padre!...

GONZ. Deja que la queme, Estrella;  
¿qué importa, en sacando de ella  
el retrato de mi madre?

*(Gonzalo descuelga un retrato de su madre que aprieta con la mano izquierda contra el corazón, mientras que con la derecha tiene abrazada á Estrella en ademán de salir.)*

TIRSO. ¡Por toda la inmensidad  
quiero que el viento derrame  
las cenizas de este infame  
Palacio de la verdad!  
¡Por levante y por poniente,  
por norte y sur, quiero ver  
casa y jardines arder  
desde el convento de enfrente!  
¡De mis padres desdichados  
voy á cegar el abismo!...  
*(Dirigiéndose á los criados.)*  
¡Cuidad que arda á un tiempo mismo  
por todos cuatro costados!  
Vos, quemad!  
*(A Gonzalo y á Estrella)* Vos, á vivir!  
*(Dirigiéndose á los monges)*  
¡Y ahora, hermanos, con vos  
voy á suplicarle á Dios  
que me perdone al morir!...

*(Tirso se aleja en medio de los dos monges, detrás de Gonzalo y Estrella. Al verlos marchar, los criados con las hachas se colocarán en los cuatro ángulos de la habitación en ademán de poner fuego á la casa. Tirso se detiene en el fondo á contemplar con risa sardónica el resplandor del incendio que se empezará á ver por las puertas laterales, mien-*

*tras los monges con espanto le quieren obligar á que se retire.)*

¡Vivo!... ¡Destruid!... ¡Quemad!...  
Y ¡probio al que, en adelante,  
nécio ó curioso, levante  
Palacios de la verdad!

*(Cuadro final.)*

FIN DE LA DOLORA.











